

tercer aniversario y los cañones no han cesado, ni las incursiones aéreas, ni los actos de terrorismo, ni las represalias. Como la «blitzkrieg» de Hitler no fue una guerra ganada, sino el principio de una larga confrontación. La acumulación de armas en los dos bandos —parece que, finalmente, Estados Unidos entrega a Israel los aviones

«Phantom», tan regateados—, más la acumulación de odios, la no resolución de los problemas pendientes y la aparición de un revolucionarismo guerrillero en los países árabes son algunos de los factores de ese gran contencioso que se plantean cada día en forma de sangre vertida y que pueden llevar a una generalización del conflicto.

Los que se van SCHACHT, "MAGO" DE LAS FINANZAS NAZIS

El primer «milagro» del doctor Schacht sucedió el 20 de febrero de 1933, recién nombrado Hitler canciller por el Presidente Hindenburg: recaudó tres millones de marcos en una reunión a la que asistían los veinte industriales más poderosos de Alemania. Entre ellos, Krupp; Bosch y Schnitzler (de la I. G. Farbenindustrie); Voegler (Vereingte Stahlwerke). Hitler habló en primer lugar: explicó cómo la industria privada «estaba llamada a desaparecer en la democracia» y «sólo podía mantenerse mediante una concepción sana de la autoridad y la personalidad»; prometió borrar del mapa a los marxistas y volver a crear el Ejército alemán. Después habló Goering. Quedó claro que en las inmediatas elecciones no podían perder los nazis, porque si perdieran tomarían el poder por la fuerza. Pero hacían falta «sacrificios financieros». Los reunidos comprendieron prontamente que esos sacrificios serían una excelente inversión, puesto que se acabaría con el riesgo marxista, con la democracia pacifista y, sobre todo, con el desarme, que paralizaba sus industrias. Cuando el doctor Schacht pasó la bandeja, recaudó tres millones de marcos.

Las promesas no fueron vanas. Ganadas las elecciones, instalado el régimen nazi, Schacht instaló la economía de guerra —«Wehrwirtschaft»— sobre bases expuestas en un documento sometido a Hitler, el «Informe sobre el estado de los trabajos para la movilización hacia la guerra económica», términos que se invertían en su contenido para explicar que su Ministerio había sido encargado «de la preparación económica de la guerra». Más tarde, en otro informe, explicaría: «Nuestros armamentos han sido financiados en parte por los créditos de nuestros enemigos»: estos «créditos» eran la incautación de bienes judíos (y de otros «enemigos del Estado») y el bloqueo de cuentas extranjeras. La producción masiva de armas por las grandes in-

dustrias y la absorción de paro por las obras públicas —gran recurso de todas las dictaduras— fueron la base esencial del nuevo rostro económico, sostenido luego por unas hábiles fórmulas: control de cambios, trueques (sin dinero) con países extranjeros (principalmente hispanoamericanos, que tuvieron así la sensación ilusa de que podrían salir del imperialismo americano), emisión de billetes. Los industriales vieron aumentados sus beneficios teóricos, pero se encontraron presos de la maquinaria de guerra del Estado y obligados a las «contribuciones voluntarias» al partido, mientras los obreros veían desaparecer el espectro del paro, pero su trabajo se convertía en esclavista; unos y otros estaban ilusionados por la posibilidad de que ese esfuerzo condujese a una «victoria final», en la que el dominio de Alemania sobre otros países les convirtiese en un «pueblo de señores» en el que obtendrían, finalmente, sus propios beneficios.

El verdadero milagro de Schacht fue que el Tribunal de Nuremberg le declarase inocente, lo que le permitió elogiar la «altura de miras» del Tribunal que condenaba a muerte a sus compañeros de aventura, y explicar después que Hitler fue un hombre «surgido del fango, cuyo árbol genealógico se pierde en los nacimientos ilegítimos», en un oportunista libro que se llamó «Arreglo de cuentas con Hitler», como fue oportunista su libro «Regreso al oro».

El árbol genealógico de Schacht era sano. Antes de Hitler era ya banquero, y fue director de la Banca privada y comisario de la moneda. Después de Hitler fue llamado como consejero por varios países —España, entre ellos—. Algunas pretensiones financieras occidentales proceden directamente del «espejismo Schacht», pero sin el totalitarismo nazi no han podido dar frutos. El mago acaba de morir, en Munich, a los noventa y tres años. ■ JUAN ALDEBARAN.

Zaragoza

LA REVOLUCION DE LOS BIKINIS

—¿Queréis traje de baño? —gritaba la manifestante que marchaba en cabeza del grupo.

—¡Nooo!... —respondían a coro las bañistas amotinadas.

—¿Queréis semibikini?

—¡Nooo!... —vociferaban las mujeres.

Así contaba un periodista de Zaragoza la escena que hace unos días se produjo en la piscina conocida por Stadio Miralbueno El Olivar, después que un empleado de la entidad hubiera intentado ex-

bañistas veraneantes para hacer comprobaciones respecto al grado de exposición de las zonas del cuerpo humano que la compostura española ordenaba mantener cerradas al tráfico. Luego vino el turismo y las divisas del turismo, y no fueron pocos los moralistas que se acomodaron a los nuevos tiempos, pensando —mayormente— que había llegado el momento de colocar su dinero en la construcción de instalaciones turísticas, en la que podían obtenerse pingües benefi-



En la España de los años setenta, el bikini puede ser todavía noticia en una ciudad de medio millón de habitantes. Pero la revolución zaragozana de los bikinis ha triunfado en toda la línea.

pulsar de las instalaciones a una muchacha por el solo hecho de llevar bikini.

—¿Qué queréis, pues?

—Queremos bikini!, ¡queremos bikini!...

La piscina de Miralbueno pertenece, al parecer, a una organización conservadora del tipo «antes-morir-que-pecar», y la disposición que prohíbe el bikini no es la única de las normas a través de las cuales la digna entidad vela por la salvación del alma de sus socios. Miralbueno y algunas otras instalaciones deportivas zaragozanas aplican un rígido sistema de discriminación de sexos. Tienen piscina «para señoras» y piscina «para caballeros». No hace falta decir que esto no es una novedad en un país en que, como en el nuestro, ha florecido y florece aún con extraordinario vigor lo que podríamos llamar «la jurisprudencia del sexto mandamiento», con su juego de normas «preventivas». Hace varios años que en algunas playas existían unos vigilantes especiales, vestidos de riguroso invierno, que se paseaban entre los

cios. De la vigilancia moral nunca más se supo. Las autoridades municipales, al principio confusas, acabaron por allanarse a las exigencias del comercio. Lo mismo ocurrió, a la postre, con el celo de los señores párrocos, algunos de los cuales, perdido el control del ágora, se parapetaron en las iglesias y colocaron a la puerta carteles alusivos a la «modestia en el vestir», que a menudo encontramos todavía en nuestros días. Muchachas venidas del Norte, rubias y clásticas, en un grado que apenas hubiera podido sospecharse por estas latitudes, irrumpieron en las playas con el bikini, que al principio se llamó «dos piezas». «Van enseñándolo todo», dijeron las madres de la patria. Luego, el aumento de las proteínas en la dieta nacional y el libre juego de la competencia recomendaron el uso de aquella prenda, hasta entonces considerada impúdica.

El bikini se generalizó en las playas hasta tal punto que hoy es ya difícil encontrar en ellas una mujer joven que utilice todavía el an-